

daba miedo, y queriendo emprenderla con el primer viniente. Era el blanco de todas las observaciones que le hacían los Coroneles y Comandantes de batallon, sobre el desórden con que se hacía el desembarco, perdiendo el soldado alguna prenda militar y muchos mojando las munisiones y el morral en que llevaban los tres dias de racion de galleta, y hubo un comandante que le dió parte del suicidio de un cabo, que causó onda sensacion luego que se supo.

El caso fue el siguiente: Un cabo, natural de Galicia, que había hecho sus estudios con aprovechamiento, no sé porque incidente de familia sentó plaza en la vadera de reclutas, que se hacía en la Coruña, y vino á la Habana poco antes que se organizase la expedicion de Barradas, y el coronel Vázquez le envió en uno de los batallones de cabo de una escuadra. Era de gallarda presencia, tenía buena letra y se había pensado emplearlo en una mayoría: era jovial, bien hablado y de maneras distinguidas, á lo que me refirió el coronel Vázquez, que le conocía, y á su familia. Este jóven desembarcó de la balandra como los demás soldados, y tubo la desgracia de caer al agua enredado en una cuerda del barco. Se puso hecho una sopa, y perdió la cartuchera, el morrion, y se fue á tierra acalorado y avergonzado. Cogió el fusil de un compañero suyo que estaba cargado, aplicó el cañon debajo de la barba y soltó el gatillo con el dedo del pie, y se levantó la tapa de los sesos.

Cuando se lo refirieron á Barradas, se retiró triste á un lado del bosque inmediato al campamento, y un comandante me dijo: «es de temer que el Brigadier haga otro tanto que el cabo: se ha metido por ahí, señalándome la entrada del bosque, corra V. por Dios á calmar su ánimo exaltado con el parte verival que le ha dado del suicidio del cabo.» Corrí y á los pocos pasos le encontré sentado sobre un tronco y llorando. «¿Qué es eso, mi Brigadier?» «Qué quiere V. que sea, amigo mío, soy perdido, me han engañado, me han arrastrado á este país desierto; no lo siento por mí, lo siento por todos Ustedes, que con la mejor fé del mundo, me han acompañado. El parte que me acaba de dar Iturriza del suicidio del cabo gallego, ha concluido con mi existencia, y ya no me es posible vivir, quiero seguir á aquel infeliz, que tanto me ha recomendado Vázquez en Guanovacoa,» y continuó con sus sollozos y lágrimas. Me dió lástima la situacion lamen-

table del Brigadier. Le consolé tomándole de la mano, y exortándolo á que se conformase con la voluntad del Señor. Le recomendé que se animase y desechase de si toda apariencia de debilidad, que la salvacion de la expedicion pendía de su existencia en aquellas graves circunstancias, representándole que si faltaba él, todo era perdido. Que contase con mi buena amistad, que estaba dispuesto en un todo á ayudarle, y que en el mismo sentido obrarían todos mis amigos en la expedicion. Hice que se levantase, que se limpiase el rostro, y se mostrase sereno á sus subordinados. «Tiene V. razon, mi buen amigo, seguiré en un todo sus consejos, vamos adelante,» y salimos del bosque y se vió rodeado de los principales gefes, y de los de la Escuadra.

Hacia un calor en aquel arenal, que era un verdadero brasero. El Jefe de Estado Mayor, mandó que los soldados construyesen una barrada de ramage, para el General, que en aquel momento estaba hablando en particular con el Sr. Laborde, Chacon, Garnica, el coronel Vázquez, el comandante Iturriza y D. Fulgencio Salas, Jefe del Estado Mayor. Me llamaron á la conferencia y Barradas me mandó que estendiese el borrador del parte al Gobierno, sobre el desembarque de la expedicion en tierra Mejicana, lacónico, y sobre todo, que hiciese el elogio del comportamiento y cooperacion de la marina Real.

Me puse á redactarlo sobre un tambor, y pronto lo concluí, pues no contenía más que una cuartilla de papel. Dije á Barradas: «está concluido» y llamó á Laborde y demás jefes de la conferencia y me mandó que leyera el borrador. Concluida la lectura, todos, á una voz, aprobaron la redaccion; y el General Laborde, á nombre de la marina, me dió públicamente las gracias por el elogio que hacía de ella.

La suspicacia y desconfianza en todo, eran uno de los muchos y grandes defectos que tenía el Brigadier Barradas. El se figuró y sospechó, que el General Laborde estaba de acuerdo conmigo, y era el motivo porque hacía el justo elogio de la marina, que él mismo me lo recomendó, antes de haber principiado el parte. Y de repente me dijo: «ese parte no está bien, deme V. el borrador:» se lo entregué y llamó al Capitán Alvaro, Secretario Militar, y le dijo: «escriba V. que yo se lo dictaré.» El Secretario Militar se puso á escribir encima del tambor, un parte lo más extrambótico del mundo,

cual pudiera escribir una carta un Patán, con todos los adornos de Nuestra Señora de los Dolores, Cristo crucificado y todo lo demás, y más incorrecto á un parte militar. Los marinos se reían de tanta patochada. Era muy largo, y el Brigadier dijo á Albaro que lo leyese en alta voz.

El Secretario Militar lo leyó en alta y sonora voz de cabo á rabo. Mandó ponerlo en limpio por un sargento, que era buen pendolista. Todo el mundo calló. Mas yo que me creí ofendido en mi amor propio y que miraba por la honra de España no pude menos de decir, dirigiéndome al Brigadier: «Ruego á V., por su propio decoro, que no firme ni mande ese parte al Gobierno de S. M. en los términos que está redactado, porque es natural que se incerte en la Gaceta de Madrid, y que de ella la copien los periódicos extranjeros. Los enemigos de España, tendrán materia suficiente para satirizar á la nación. Por su honra, por S. M. y por el propio de V. le suplico que no le firme.» Estas palabras bastaron para que se inflamara su cólera, llenándome de insultos é improperios en altas y descompuestas voces. Dejele decir cuanto le vino á la boca, graduándole ya por un loco y un inconsecuente, y con palabras comedidas, le dije: «Señor Brigadier: hay incompatibilidad entre el genio de V. y el mío, no podemos vivir juntos y en armonía, y por lo mismo, he determinado con su permiso, retirarme al navío y marchar en el primer barco para la Habana.» «Ya se guardará V. bien de hacerlo» me dijo, y mandó á Salas que pusiera un centinela en la playa con orden expresa de que no me dejaran embarcar, y á Laborde para que no me admitiese á bordo de ningún barco.

Me retiré á la orilla del monte con el capitán Oteiza, empleado en mi Secretaría y varios otros, indignados de la conducta del Brigadier. Hice traer por un soldado el caballo que había comprado á los cuatro megicanos aquella mañana, y que destinaba al General de la Expedición.

Recogidos en nuestro Rancho ocho amigos y yo, cenamos frugalmente salchichon, queso y galleta, y despues de ver un trago de vino y fumado un cigarro, nos acostamos sobre la mullida arena, y dormimos mejor que en la cama más mullida de nuestras casas.

Era el alba cuando despertamos, nos levantamos, bebimos un traguito de aguardiente, encendimos un habano y vamos á la playa á dar un paseo. Todo el campamento se iba

levantando al toque de diana. Serian las cuatro y media, cuando tocaron á formacion y lista.

Volvimos al rancho y encargué al oficial Oteiza, que acompañado de mi ordenanza, llebase el caballo de mi parte á Barradas, mediante que lo había comprado para él. Al momento estuvo Oteiza de regreso, diciéndome de parte del Brigadier, «que había agradecido mucho mi memoria, y que luego me reintegraría su importe.»

A las cinco de la mañana del día 27 de Julio, rompió la expedición su marcha, muy contentos y alegres los soldados, cantando canciones de su tierra y olvidados de los trabajos del desembarco.

Yo me había quitado los zapatos y las medias, quedándome en pedetas: llevaba unos pantalones anchos de lienzo crudo y fuertes como los bombachos que se usan en Andalucía y alzados hasta la rodilla; mi faja de seda para sostener los pantalones y una especie de americana de casimir azul; pañuelo de seda al cuello, sostenido por un alfiler á lo contrabandista; una cachucha de paja fina y galon dorado. Tenía una hermosa escopeta de Eibar de un cañon, que calzaba bala y armada de bayoneta, que con una canana lujosa me había regalado un comerciante de la Habana, llamado D. Juan José Zangroniz, al tiempo de mi embarque.

Sali del arenal y principié á marchar siempre por la orilla del mar, que siempre tiene el piso muy firme por la arena seca, y sobre todo muy fresco.

La tropa marchaba por arenal seco recalentado por el sol, siempre en formacion, undiéndose el soldado hasta las rodillas y con un sol del mes de Julio y de los trópicos: marchaba la tropa á paso lento y fatigoso y abanzaba poco. La sed deboradora atormentaba al soldado, y no había fuente ni rio en que pudiera mojar sus labios secos y la boca ardiente. Desde el Brigadier hasta el último soldado padecía el mismo sufrimiento. Sólo yó y ocho compañeros no sufríamos este mal, porque caminábamos por la playa. En nuestra marcha, por la orilla del mar, y algunas veces entrando en él, pescábamos armejás que nos arrojaba la resaca, las abriamos y comiamos su deliciosa carne, y bebiamos el agua que contenía su concha: de esta manera ni padeciamos sed ni hambre.

El Brigadier Barradas avanzó hasta las guerrillas, donde yo me hallaba; corrió con su caballo hacia mí, y viéndome

descalzo y marchando á pié por la misma orilla del mar, me pregunto: «¿Qué tal, Aviraneta, va V. cansado?» «No señor, voy perfectamente; antes se cansarian todos los soldados que yo me canse.» «Me da pena, me dijo, ver á V. de la manera que va. ¿Quiere V. ir un rato á caballo, que yo me aparee.» Le di las gracias y le dije que marchaba admirablemente por la playa, fresco y sin fatigarme. «Tengo á V. que pedirle mil perdones, por los agrabios que le inferí ayer; no lo puedo remediar, no soy dueño de mí mismo: cuando estoy acalorado me pongo loco y fuera de mí. Somos amigos, ¿no es verdad?» «Ni me acuerdo ya de nada,» le dije, y me alargó la mano de amigo. «Voy á mandar hacer alto, porque la tropa viene fatigada.»

Los soldados lo que deseaban era beber, y no habia agua. ¿Dónde hallarla enmedio de aquellos arenales?

En aquel apuro, se acercó á mí el Gefe de Estado Mayor á preguntarme «¿de qué modo podriamos salir de aquel apuro?» «Agua potable, le dije, la podemos encontrar, abandonando la playa é internándonos por el monte de la izquierda, donde encontraremos algun abrebadero, fuente, laguna ó riachuelo, y sobre todo alguna rancheria, cuyos habitantes nos enseñarán dónde se proveen ellos de agua. Algo salobre, la podemos tener, aquí mismo, á la orilla del mar. Haga V. venir á las gastadores con sus herramientas de picos, palas y azadones, y ensayaremos de abrir pozos.» Vinieron los gastadores, y á distancia de ocho varas del mar, hice cercos ó círculos con un palo y mandar cabar y ahondar. Como el fondo era de arena pura, pronto ahondaron cosa de vara y media, y se encontró agua potable, fresca y filtrada en la arena. Se llenó al instante el pozo, y mandó poner guardia que sólo permitiese llenar las cantimploras y marmitas, y á ningun soldado se le dejase pisar los bordes del pozo, ni beber de bruces. De este modo tubimos agua abundante, con la que se aplacó la sed, aunque gruesa y un poco salobre.

Barradas, el Gefe de Estado Mayor y el Coronel Vázquez, me preguntaron «¿dónde había adquirido ese secreto de las aguas?» «Les dije que no eran un secreto en las costas de Veracruz, y que la primera vez que vi tales pozos, hacia 4 años, fué en Alvarado, á las orillas del Papaloapam, confluyente con el mar; pero que el agua de aquellos pozos era tan rica, como la de la mejor fuente.»

Caminamos aquel dia unas cinco leguas, acampando en la misma conformidad que el dia anterior, y otros dos dias más; pero al tercero aparecieron cívicos megicanos á caballo, que principiaron á tirotear, tiros de carabina. Como yo iba en las mismas guerrillas y en línea paralela á ellas, sin moverme del terreno firme que dejaba la resaca, les hice tambien fuego con mi escopeta, dirigiéndolos á los caballos, aunque estaban distantes. De cuando en cuando aparecian una docena de caballeristas, pero con mucha precaucion y sin arrimarse tanto como al principio. Eran cívicos rancheros.

A las 5 de la tarde del cuarto dia, vi á la simple vista, como á dos leguas adelante por donde marchábamos, un palo alto, me pareció un asta-bandera, que por razon de estar fija en un montículo de arena, que se llaman en aquel país un médano, sobresalía al Horizonte. Pedí al Capitan Oteiza mi catalejo inglés, eché la visual al asta-bandera, y vi que lo era en efecto y plan de señales, por un gran bulto negro que pendia de él, y dirigiendo mi catalejo por lo bajo del montículo y la playa, vi marchar en direccion del monte, infantería vestida de lienzo blanco, y distinguí perfectamente las bayonetas por reflejo que hacian al sol.

Mandé á Oteiza que llamase al Brigadier y á Salas, que en efecto vinieron. Les dije que teniamos infantería de línea: megicanos á la vista. «¿Dónde la vió V?» preguntó Barradas. «Allí, allí, señalándole el asta-bandera; mire V. con el anteojo.» Miraron y no vieron nada. Tomó Salas el anteojo y tampoco vió nada. Volví á mirar, y ví el reflejo que hacian las bayonetas al sol. «¿Están Vdes. ciegos que no veian el reflejo de las bayonetas?» Miró Barradas con su anteojo y nada vió. Entónces y riéndose, me dijo: «V. ve volar bueyes.»

«Mi Brigadier, le repuse, lo visto, visto: afirmo que es infantería megicana que he visto con el anteojo, es de línea, porque he distinguido muy bien sus uniformes blancos de terliz y les tenemos muy cerca. La prudencia aconseja de que hagamos alto y campemos, que haya vigilancia esta noche en el campamento para que no nos sorprendan.» «Me conformo con eso, y sentemos nuestro campo,» y dió á Salas las órdenes al efecto. Por aquella noche no hubo novedad.

Apenas rayó el dia, nos pusimos en marcha, muy ordenadamente, y á Salas le dije que convenia enviarse por la izquierda una compañía de cazadores para que explorasen el

monte, por cuyos límites marchábamos por la playa.» Lo consultó con Barradas, y éste le respondió que «no era necesario, que toda la tropa debía marchar reunida.»

Serian las cinco de la mañana, cuando se presentaron á nuestra vista unos 20 caballos y 100 infantes, vestidos de blanco. Hicimos alto y yo dije á Barradas y á Salas: «¿Ven Vdes. ahora bien, que los que yo vi ayer tarde no eran bueyes sino infantería de línea, de uniformes blancos?» Me respondieron que tenía razón, que todo era cierto, y que tenía mejor vista que ellos.

«Y ahora ¿qué hacemos?» me preguntó Salas. «Lo que debemos hacer es marchar adelante, en buen orden, explorando el monte sobre nuestra izquierda; no perder la formación y caminar con pausa y regularidad, porque el enemigo tiene formada una emboscada de uno ó dos batallones, aquí cerca, de los que ha destacado esos cien infantes que marchan interpolados con la caballería.

«Al enemigo que tenemos al frente, si hace fuego de guerrillas, contestarle también con guerrillas, bien esparcidas, y avanzando siempre. Si el capitán de cazadores que marcha por el monte de nuestra izquierda es hábil, puede sorprender á esa misma guerrilla por la espalda y fusilarla, acorralándola entre la playa y la división.

El 1º de Agosto rompimos la marcha, y estábamos á un cuarto de legua del montículo y del asta de bandera que había encima de él. Todos los soldados la distinguían por estar al frente de nuestra marcha, y observaban el subir y bajar de un bulto negro, que era un zopilote negro y muerto, especie de una águila, del grandor de un pavo grande.



## COMBATE

DEL

# Campo de “Los Corchos.”

1º de Agosto de 1829. <sup>(1)</sup>

Se había hecho alto, y me reuní á Barradas, Salas, al Coronel Vázquez y el comandante Iturriza, y les dije: «las subidas y bajadas de aquel bulto negro, es un plan de señales: aquí hay una emboscada sin remedio, marchemos con mucha precaución:» se hizo así. Se volvió á romper la marcha, y paso á paso las guerrillas nuestras entraron en una especie de plazuela, que tenía la forma de una herradura, y tras las guerrillas entró también el primer batallón, que lo mandaba el comandante D. Luis Iturriza, á quien ordenó Barradas hacer alto y formar las armas en pabellón. El resto del Batallón no entró todavía en la herradura y estaba parado á su entrada.

Los soldados del Primer Batallón que habían formado las armas en pabellón, andaban dispersos por aquella plazuela, y yo estaba encendiendo un cigarro y hablando con varios oficiales y el P. Bringas, cuando oímos un estruendo de cañón como de á cuatro, y como un trabucazo, y cuyos proyectiles de metralla pasaron por alto sobre nuestras cabezas. Principió el fuego graneado de fusilería en toda la extensión del monte; y por la cerradura de nuestro frente se presentó á nuestra vista una compañía de caballería y dos de infantería megicana.

En vista de esta sorpresa, gritaron los oficiales que estaban conmigo á los soldados: «Muchachos, á las armas y empuñar vuestros fusiles.» En esto llegó su comandante Iturriza, que mandó formar al batallón, me habló y le aconsejé que inmediatamente marchase á atacar á las tres compañías que estaban en la herradura, y marchó con efecto.

(1) En este Capítulo habla también el autor de otros sucesos, hasta la ocupación de Tampico, etc.—N. del E.